

**No hay  
verano  
sin ti**

JENNY HAN

*No hay  
verano  
sin ti*

CROSS  
BOOKS

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *It's Not Summer Without You*

© 2010, Texto: Jenny Han

© 2012, Traducción: Marta Becerril Albornà

© 2012, 2019, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición impresa en España: mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-20854-9

Primera edición en formato epub en México: agosto de 2020

ISBN: 978-607-07-6817-0

Primera edición impresa en México: agosto de 2020

ISBN: 978-607-07-6887-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

## Capítulo uno

*2 de julio*

Era un cálido día de verano en Cousins. Yo estaba tumbada junto a la piscina con una revista en la cara. Mi madre se entretenía jugando solitario en el porche de delante, y Susannah se encontraba dentro, trajinando por la cocina. Seguro que saldría pronto con un vaso de té helado y un libro que recomendarme. Algo romántico.

Conrad, Jeremiah y Steven habían estado surfeando toda la mañana. La noche anterior hubo tormenta. Conrad y Jeremiah regresaron primero. Los oí antes de verlos. Subían la escalera bromeando sobre cómo Steven había perdido el traje de baño por culpa de una ola particularmente violenta. Conrad se acercó a mí con aire decidido, apartó la sudada revista de mi cara, sonrió y dijo:

—Tienes palabras en las mejillas.

—¿Qué dicen? —pregunté entornando los ojos.

Se puso en cuclillas junto a mí y respondió:

—No está claro. Déjame ver.

Y entonces me miró el rostro detenidamente con su típica expresión seria. Se inclinó y me besó; sus labios estaban fríos y salados por culpa del océano.

En ese momento, Jeremiah comentó:

—Busquen un hotel.

Sin embargo, yo sabía que estaba bromeando. Me guiñó el ojo, se acercó por detrás, levantó a Conrad y lo lanzó a la piscina.

Jeremiah también se lanzó y gritó:

—¡Vamos, Belly!

Así que yo también salté. El agua estaba perfecta. Más que perfecta. Como siempre, Cousins era el único lugar en el que deseaba estar.

—¿Hola? ¿Escuchaste siquiera algo de lo que acabo de decir?

Abrí los ojos. Taylor me estaba chasqueando los dedos en la cara.

—Lo siento —respondí—. ¿Qué decías?

No estaba en Cousins. Conrad y yo no estábamos juntos, y Susannah estaba muerta. Nada volvería a ser igual. Habían pasado... ¿Cuántos días habían pasado? ¿Exactamente cuántos días? Dos meses desde que Susannah había muerto, y yo seguía sin poder creerlo. No podía permitirme creerlo. Cuando muere alguien a quien quieres, no parece real. Es como si le ocurriera a otro. Es la vida de otro. Nunca se me ha dado bien la abstracción. ¿Qué pasa cuando alguien se ha ido de verdad, para siempre?

A veces cerraba los ojos y repetía una y otra vez dentro de mi cabeza: no es verdad, no es verdad, esto no es real. Esta no es mi vida. Pero lo era; era mi vida ahora. Después.

Me encontraba en el patio trasero de Marcy Yoo. Los chicos estaban haciendo tonterías en la piscina y las chicas permanecían tumbadas en las toallas de playa, todas en fila. Marcy era mi amiga, pero el resto, Katie, Evelyn y las demás, eran más bien amigas de Taylor.

Ya estábamos a treinta grados, y solo era mediodía. Iba a ser un día caluroso. Estaba tumbada boca abajo y sentía el sudor acumulándose al final de la espalda. Solo estábamos a 2 de julio y ya contaba los días que faltaban para el final del verano.

—Te preguntaba qué te vas a poner para la fiesta de Justin —repitió Taylor. Había extendido nuestras toallas una al lado de la otra, así que era como si estuviéramos en una sola toalla gigante.

—No lo sé —contesté, dándome la vuelta para quedarnos frente a frente.

Tenía gotas de sudor diminutas en la nariz. Taylor siempre empezaba a sudar por la nariz. Dijo:

—Yo me pondré el vestido de tirantes nuevo que compré con mi madre en el centro comercial.

Volví a cerrar los ojos. Llevaba lentes de sol, así que Taylor no podía distinguir si los tenía abiertos o no.

—¿Cuál?

—Ya sabes cuál, el de puntos diminutos que se anuda al cuello. Te lo enseñé hace unos dos días.

Taylor soltó un pequeño suspiro de impaciencia.

—Ah, sí —contesté, pero seguía sin acordarme, y sabía que Taylor lo había notado.

Empecé a decir algo más, algo agradable sobre el vestido, pero de repente sentí aluminio frío como el hielo pegado a la nuca. Chillé y ahí estaba Cory Wheeler, agachado a mi

lado con una lata de refresco goteando en la mano y desternillándose de risa.

Me erguí y lo fulminé con la mirada mientras me secaba el cuello. Estaba harta de ese día. Solo deseaba marcharme a casa.

—¡Pero qué demonios, Cory! —Él seguía riendo, lo que me hizo enfadar aún más—. Por Dios, eres tan inmaduro.

—Pero si parecías muy acalorada —protestó—. Solo intentaba refrescarte.

No le respondí; me seguí restregando la nuca. Sentía la mandíbula muy tensa y notaba las miradas fijas del resto de chicas. Y entonces, la sonrisa de Cory desapareció y dijo:

—Lo siento. ¿Quieres el refresco?

Negué con la cabeza y él se encogió de hombros y se refugió en la piscina. Eché un vistazo y vi que Katie y Evelyn ponían cara de pero-qué-le-pasa, y me sentí avergonzada.

Ser cruel con Cory era como ser cruel con un cachorro de pastor alemán. No tenía ningún sentido. Demasiado tarde, intenté llamar su atención, pero no me devolvió la mirada.

—Era solo una broma —dijo Taylor en voz baja.

Volví a tumbarme en la toalla, esta vez boca arriba. Inspiré profundamente y espiré con lentitud. La música del reproductor de Marcy me estaba provocando dolor de cabeza; estaba demasiado alta. Y tenía mucha sed. Debería haber aceptado el refresco de Cory.

Taylor se inclinó y me levantó los lentes de sol para poder mirarme a los ojos. Me observó fijamente.

—¿Estás enfadada?

—No. Lo que pasa es que hace mucho calor aquí fuera.

Me sequé el sudor con el antebrazo.

—No te enfades. Cory no puede evitar comportarse como un idiota contigo. Le gustas.

—No le gusto —respondí, apartando la vista. En realidad sí que le gustaba, y lo sabía. Pero deseaba que no fuera verdad.

—Lo que tú digas. Pero está completamente enamorado de ti. Sigo pensando que deberías darle una oportunidad. Te distraerá de ya-sabes-quién.

Giré la cabeza y dijo:

—¿Qué te parece si te hago una trenza de espiga para la fiesta de esta noche? Puedo trenzarte la parte de delante y sujetarla a un lado, como la última vez.

—De acuerdo.

—¿Qué te vas a poner?

—No estoy segura.

—Bueno, tienes que estar guapa porque todo el mundo estará allí —prosiguió Taylor—. Vendré temprano para que podamos arreglarnos juntas.

Justin Ettelbrick celebraba una gran fiesta de cumpleaños cada mes de julio desde octavo curso. En julio, yo ya estaba en Cousins Beach, y mi casa, la escuela, y los amigos de clase quedaban a un millón de kilómetros de distancia. Nunca me había importado perdérmela, ni siquiera cuando Taylor me habló de la máquina de algodón de azúcar que sus padres alquilaron un año, ni cuando lanzaron fuegos artificiales sobre el lago.

Este iba a ser el primer verano que estaría en casa para la fiesta de Justin, y también el primero que no pasaba en Cousins. Y eso me importaba. Me dolía. Creía que iba a pasar en Cousins todos los veranos de mi vida. La casa de



verano era el único lugar en el que quería estar. Era el único lugar en el que había deseado estar.

—Irás, ¿verdad? —me preguntó Taylor.

—Sí, ya te dije que iría.

—Lo sé, pero... —Taylor arrugó la nariz y se interrumpió—. Olvídalo.

Sabía que mi amiga esperaba que las cosas volvieran a la normalidad, que fueran como antes. Pero nunca serían igual. Ya nunca volvería a serlo.

Antes tenía fe. Creía que si deseaba algo lo suficiente, si lo deseaba con todas mis fuerzas, todo saldría como quería. El destino, como solía decir Susannah. Deseé a Conrad en cada cumpleaños; cada estrella fugaz, cada pestaña caída, cada moneda en una fuente estaba dedicada a la persona a la que amaba. Creía que siempre iba a ser así.

Taylor quería que olvidara a Conrad, que lo borrara de mi mente y de mi memoria. No dejaba de repetir cosas como:

—Todos tenemos que superar nuestro primer amor, es un rito de madurez.

Pero Conrad no era simplemente mi primer amor. No era ningún rito de madurez. Era mucho más que eso. Él y Jeremiah y Susannah eran mi familia. En mis recuerdos, los tres siempre estarían ligados, unidos, entrelazados. No podía haber uno sin los demás.

Si olvidaba a Conrad, si lo expulsaba de mi corazón, si fingía que nunca estuvo allí, sería como hacerle lo mismo a Susannah. Y eso no podía hacerlo.

## Capítulo dos

Antes, cuando terminaban las clases en junio, metíamos las maletas en el coche y nos dirigíamos directamente a Cousins. Mi madre iba a la tienda el día anterior y compraba botellas de jugo y cajas de tamaño económico de barritas energéticas, protector solar y cereales integrales. Cuando le rogaba que comprara cereal con malvaviscos o de maíz endulzado, mi madre decía:

—Beck tendrá cereales de los que te pudren los dientes de sobra, no te preocupes.

Tenía razón, claro. A Susannah —Beck para mi madre— le encantaban los cereales para niños, igual que a mí. Los devorábamos en la casa de verano. Nunca llegaban a ponerse blandos. Hubo un verano en el que los chicos comieron cereales para el desayuno, el almuerzo y la cena. Mi hermano, Steven, era de cereal azucarado, Jeremiah era de cereal crujiente y Conrad, de cereal inflado. Jeremiah y Conrad eran los hijos de Beck y disfrutaban de sus cereales. En cuanto a mí, yo me comía lo que quedara mientras tuviera azúcar.

Había estado yendo a Cousins toda mi vida. Casi diecisiete años jugando a perseguir a los chicos, esperando y deseando ser algún día lo bastante mayor como para formar parte de su pandilla. La banda veraniega de los muchachos. Por fin lo había conseguido, pero ya era demasiado tarde. En la piscina, la última noche del último verano, dijimos que siempre volveríamos. Da miedo pensar con qué facilidad se rompen las promesas. De forma tan simple.

Cuando llegué a casa el verano anterior, esperé. Agosto se convirtió en septiembre, empezaron las clases y yo seguía esperando. No es que Conrad ni yo nos hubiéramos declarado. No es que fuera mi novio. Solo nos habíamos besado. Empezaba la universidad, donde habría un millar de chicas distintas. Chicas sin toques de queda, chicas en su dormitorio, todas más inteligentes y guapas que yo, todas misteriosas y completamente nuevas, de una forma que yo nunca podría llegar a ser.

Pensaba en él constantemente, en lo que había significado, en lo que éramos el uno para el otro. Porque no podíamos echarnos atrás. Sabía que yo no podría. Lo que había ocurrido entre nosotros, entre Conrad y yo, entre Jeremiah y yo, lo había cambiado todo. Así que cuando llegó agosto y después septiembre y el teléfono seguía sin sonar, solo tenía que pensar en cómo me había mirado esa última noche para comprender que aún había esperanza. Sabía que no me lo había imaginado. No podía haberlo hecho.

Según mi madre, Conrad ya se había mudado a su residencia de estudiantes, tenía un compañero de habitación insoportable y Susannah estaba preocupada por que no

comiera lo suficiente. Mi madre me contaba estas cosas de pasada, como quien no quiere la cosa, para no lastimar mi orgullo. Nunca la presioné para que me facilitara más información. El caso es que yo sabía que iba a llamar. Lo sabía. Así que solo me quedaba esperar.

La llamada llegó durante la segunda semana de septiembre, tres semanas después de la última vez que lo había visto. Estaba comiendo helado de fresa en el salón y me peleaba con Steven por el control remoto. Era un lunes a las nueve de la noche, el horario de máxima audiencia. Sonó el teléfono y ni Steven ni yo nos movimos para contestar. El que se levantara perdería la batalla por la televisión.

Mi madre respondió en su despacho. Trajo el teléfono al salón y dijo:

—Belly, es para ti. Es Conrad. —Y me guiñó un ojo.

Me empezaron a zumbar los oídos. Oía el océano. El rumor, el bramido en los tímpanos. Sentía que me sofocaba. Un momento de éxtasis. Había esperado ¡y esa era mi recompensa! Tener razón y ser paciente nunca me había sentado tan bien.

Fue Steven el que me sacó de mi ensimismamiento. Frunciendo el entrecejo, dijo:

—¿Por qué te llama a ti?

No le hice caso y tomé el teléfono que me ofrecía mi madre. Me alejé de Steven, del control remoto, de mi plato de helado derretido. Nada de eso importaba ya.

Hice esperar a Conrad hasta que estuve en la escalera antes de decir algo. Me senté en los escalones y dije:

—Hola. —Intenté reprimir la sonrisa que me asomaba a los labios; sabía que la sentiría a través del teléfono.

—Hola —respondió—. ¿Qué tal?

—Nada nuevo.

—Adivina qué —dijo—. Mi compañero de habitación ronca incluso más fuerte que tú.

La noche siguiente volvió a llamar, y la noche después. Charlábamos durante horas. Al principio, cuando sonaba el teléfono, y era para mí y no para Steven, este se sentía confundido.

—¿Por qué te llama Conrad tan seguido? —preguntó.

—¿Tú qué crees? Le gusto. Nos gustamos.

Steven fingió tener náuseas.

—Se ha vuelto loco —dijo sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Te parece imposible que le guste a Conrad Fisher? —repuse desafiante cruzándome de brazos.

—Sí —resolvió sin pensarlo dos veces—. Es imposible.

Y, seamos sinceros, lo era.

Era como un sueño. Irreal. Después de tanto suspirar, ansiar y desear años y años lo mismo, veranos enteros, él me llamaba a mí. Disfrutaba hablando conmigo. Lo hacía reír incluso cuando no quería. Yo entendía por lo que estaba pasando porque, en cierto modo, a mí me ocurría lo mismo. Solo había unas pocas personas en el mundo que querían a Susannah tanto como nosotros. Creí que eso sería suficiente.

Nos convertimos en algo. Algo que nunca llegó a definirse con exactitud, pero era algo. Algo de verdad. Varias veces condujo las tres horas y media que se tardaba en llegar desde la universidad hasta mi casa. En una ocasión, se quedó a pasar la noche porque se había hecho tan tarde que mi madre no quiso que condujera de regreso. Conrad se quedó en la habitación de invitados y yo permanecí tum-

bada en la cama, despierta durante horas, pensando en que él dormía a solo unos metros de distancia; de entre todos los lugares del mundo, en mi casa.

Si Steven no se hubiera pegado a nosotros como una lapa, sé que Conrad habría intentado besarme. Pero con mi hermano allí, era prácticamente imposible. Conrad y yo estábamos viendo la tele y él se sentaba justo entre los dos. Hablaba con Conrad de cosas de las que yo no sabía nada o que no me interesaban, como de fútbol. Una vez, después de cenar, le pregunté a Conrad si le apetecía ir a tomar natillas heladas y Steven se entrometió al instante y dijo:

—Suenan bien.

Le eché una mirada furiosa, pero él se limitó a sonreírme de oreja a oreja. Y entonces Conrad me tomó de la mano justo enfrente de Steven y dijo:

—Vamos todos.

Así que fuimos todos, mi madre incluida. No podía creer que estuviera yendo a una cita con mi madre y mi hermano sentados en el asiento trasero.

Aunque, en realidad, sirvió para que aquella noche única de diciembre supiera más dulce. Conrad y yo regresamos a Cousins, los dos solos. Las noches perfectas son muy escasas, pero esa lo fue. Perfecta, quiero decir. Fue una noche por la que había valido la pena esperar.

Me alegro de que tuviéramos esa noche. Porque en mayo, todo había terminado.